

ROMÁNTICOS, POLÍTICOS Y SOLDADOS

Alejandro Meneses

A PARTIR DE 1840, las revistas en México cunden como moscas. Entre ellas, son legión las que dedican sus páginas a los apacibles intereses de las señoritas que —¡oh siglo xx que no volverás!— aún no pasaban sus noches en vela, llorando tinta sobre las cartas de amor que un capitancito liberal (Emilio Tuero) hacía llegar por medio de un *propio* (“Mantequilla”), sagaz pícaro diestro en zalamerías y maestro en el arte, difícil pero remunerativo, de enamorar criadas de la casa de la damisela cuyo padre, conservador químicamente puro, siempre se parecerá a Fernando Soler.

Sin embargo, con la confusión de las ideas liberales, empieza a competir con tan disputado público —sin tv, sin radio, sin cine— otro tipo de publicaciones en cuyo nombre —todo un hallazgo, dice Francisco Monterde— aparece la palabra “museo”: *Museo Teatral*, *Museo Popular*, *El Museo Mexicano*, *El Museo Yucateco*.

En sus páginas se ponen “al alcance de todo el mundo, en un estilo sencillo y agradable, las verdades más importantes de las ciencias, los métodos más útiles de las artes, las consideraciones más interesantes de la historia, las producciones más hermosas de la literatura [...] a los literatos y estudiosos, una especie de revista ligera y agradable de multitud

de objetos, interesantes todos y de mucha importancia algunos”. Es decir: museo como sinónimo de variedad. En ese lapso (1840-1875) aparecen ¡no menos de cien revistas!

En las redacciones de tales publicaciones se instala la crema y nata de los intelectuales de cualquier signo, liberal o conservador, que años más tarde no sólo combatirían en la página sino también en Churubusco contra los norteamericanos, o en Puebla, en contra o a favor de los franceses.

Cualquiera que se respetara debía de tener un espacio, amparado bajo su propio nombre o algún certero seudónimo. Así, pueden olvidar el oprobio de publicar —una vez al año— en las páginas literarias de los calendarios. Hay de chile, de dulce y de manteca: el Conde de la Cortina, José Joaquín Pesado, Manuel Payno, Guillermo Prieto, José María Roa Bárcena, Ignacio Rodríguez Galván, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Ignacio Manuel Altamirano... Muchos de sus libros aparecen, por primera vez, en forma seriada, con un tiraje considerable y en ediciones de fácil acceso.

Los polos entre los que se mueve la generación son Fernández de Lizardi y Gutiérrez Nájera, la Colonia y el Porfirato: Romanticismo compartido por liberales y conservadores.

Escribe David Huerta: “La historia de nuestro Romanticismo coincide puntualmente con los primeros acontecimientos del México independiente.

Del Plan de Iguala a la victoria juarista sobre el imperio de Maximiliano, nuestra literatura vive y se desarrolla bajo el signo romántico. Hacia 1867, consumada la victoria militar de los liberales, la literatura entra de lleno a una etapa de autocrítica cuyo fruto más brillante será el magisterio de Ignacio Manuel Altamirano.”

Hubo dos espacios fundamentales —aparte del ofrecido por las revistas— para el desarrollo de la literatura romántica en nuestro país: la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo.

La primera, fundada en 1836 en una de las celdas de lo que fue, durante la Colonia, el Colegio de Letrán. Entre los que más animan el complot se distingue Guillermo Prieto, aunque Andrés Quintana Roo es elegido como presidente vitalicio debido al respeto que imponía entre tirios y troyanos. De hecho, la Academia de Letrán unificó a los escritores más distinguidos de la época en una empresa común: definir un carácter nacional en la literatura sin importar banderas políticas e ideológicas. Escribe María del Carmen Millán: “[La Academia de Letrán] se preocupa por la corrección de estilo y por dar a las letras mexicanas un carácter propio. La crítica lleva una orientación, hay entendimiento en cuanto a lo que debe ser la profesión literaria...”

En la Academia se dan a conocer los nombres de quienes, con el tiempo, formarían una de las constantes más valiosas en la literatura mexicana: Payno, “El Nigromante”, Guillermo Prieto.

Sit transit gloria mundi: la Academia de Letrán desaparece con la muerte de varios de sus integrantes y en medio de una creciente tensión ocasionada por las pugnas políticas por las que atravesaba el país. En 1849, los sobrevivientes y algunos de los más destacados escritores de la nueva generación fundan el Liceo Hidalgo, bajo la dirección de Francisco Zarco.

Tan sólo nueve años más tarde, el novelista Juan Díaz de Co-

varrubias dedica "al joven poeta Luis. G. Ortiz" su novela *El Diablo en México*. Los tiempos huelen a pólvora. Esta vez la lucha no será contra un enemigo común sino también entre los de casa. La dicatoria es la siguiente:

"Tal vez habrá muchos que digan que sólo un niño o un loco es el piensa en escribir en México en esta época aciaga de desmoronamiento social, y pretender ser leído a luz roja del incendio y al estruendo de los cañones. Acaso

tengan razón. Pero, ¡Dios mío!, ¿se han acabado ya también esos hombres sensibles, esparcidos en todas las clases de nuestra sociedad, que se deleitan con nuestras tristezas, con esos desconuelos, esas esperanzas, presentimientos y deseos vagos que forman los cantos de los poetas?"

No hay mejor síntesis de los motivos que impulsaron el Romanticismo en México. ■

(1998)

TAN LEJOS, TAN CERCA: TRASCENDENCIA DE ALEJANDRO MENESES*

Diana Isabel Hernández Juárez

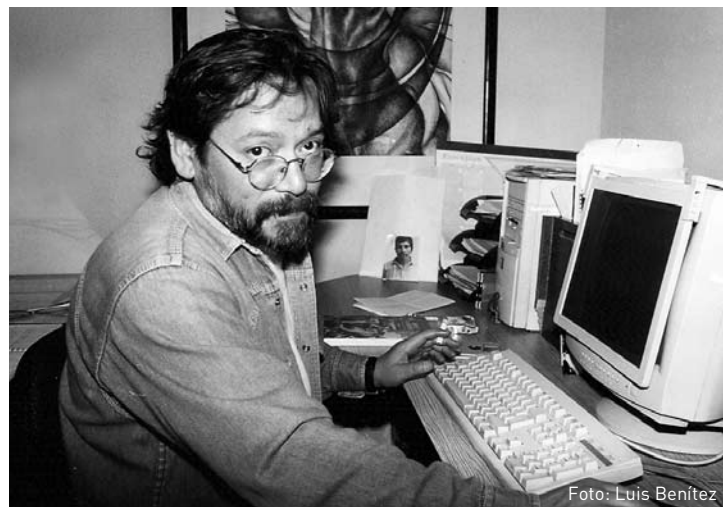


Foto: Luis Benítez

Alejandro Meneses.

Todos queremos, de alguna forma, una realidad diferente. Algo que se parezca pero que a la vez no sea lo mismo. La literatura, el cuento, son una

especie de sonda que se envía para ver si es posible cambiar la realidad, el tiempo, el sentido que le damos a nuestras vidas.

ALEJANDRO MENESES

COMO SI FUERA uno de los personajes de sus cuentos, Alejandro Meneses tenía la capacidad de aparecer y desaparecer, de estar presente un momento y al siguiente esfumarse.

Lo conocí en 1985, cuando ingresé al Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Universidad Autónoma de Puebla. Desde ese momento supe que era un escritor que deambulaba por las calles del centro de la ciudad, los cafés y los bares.

Irreverente frente a la academia y las instituciones, era un hombre sarcástico que ironizaba con todo; me impresionó y establecimos una extraña amistad: nunca nos veíamos intencionalmente, pero por casualidad coincidíamos con frecuencia, platicábamos un rato y nos reíamos.

Pasaban varios años y dejábamos de vernos. De vez en cuando me llegaban algunas noticias por amigos comunes. Manteníamos un nexo lejano; leía los libros que publicaba y me enteraba de sus romances. Él también leía algunas de mis notas o reportajes y me mandaba sus comentarios. Cuando el azar nos volvía a encontrar ya hasta

habíamos cambiado físicamente. Varias veces lo entrevisté y creo que fueron de las pocas entrevistas auténticas que he hecho en mi vida, al menos de la manera como las concibe Gabriel García Márquez: "las entrevistas son como el amor: se necesitan por lo menos dos personas para hacerlas, y sólo salen bien si esas dos personas se quieren. De lo contrario, el resultado será un sartal de preguntas y respuestas de las que puede salir un hijo en el peor de los casos, pero jamás saldrá un buen recuerdo".¹

En esta historia de encuentros y desencuentros con Alejandro sólo hay buenos recuerdos y ahora el análisis de una obra literaria que trasciende a su muerte. Este trabajo que comento es el primer estudio crítico sobre su obra narrativa y tiene la finalidad de dimensionar la propuesta literaria de este autor, quien desarrolla rasgos de una escritura posmoderna: breve, incierta, fragmentada, hipertextual. Al mismo tiempo plantea discursos complejos, en los que tanto relatos como personajes se confunden, fusionan, desdoblan y fragmentan.

La vida lejana

Alejandro Honorio Meneses Cuautle nació el 18 de junio de 1959 o 1960² en Altzayanca, Tlaxcala y murió el 4 de julio de 2005 en Puebla, ciudad que adoptó como propia, donde estudió, trabajó, se formó y escribió. Autodidacta, lector apasionado, maestro y editor, este original escritor debe ser considerado como uno de los mejores representantes de la narrativa mexicana actual.

Meneses dedicó su vida a las

letras: laboró y publicó en diversos periódicos, revistas y suplementos literarios, así como en la Dirección de Fomento Editorial de la Universidad Autónoma de Puebla y en otras editoriales. También fue coordinador y maestro del taller de cuento de la SOGEM y de la Casa del Escritor en Puebla, así como becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Días Extraños (1987) fue su primer libro de cuentos, desde el cual delinea la propuesta literaria que alcanza su perfeccionamiento en *Ángela y los ciegos* (2000), conjunto de relatos que constituyen una novela, pero también pueden leerse por separado a manera de cuentos. *Casa vacía* (2004) es una recopilación narrativa en la que el mismo Meneses integra en un solo libro los seis relatos intercalados con números romanos en *Ángela y los ciegos*, lo cual es posible por la estructura fragmentada de los mismos. Los otros cuentos de ese mismo volumen los presenta también, pero en diferente orden y combinados con cuentos de su primer libro, lo que nos confirma su juego intencionado de intertextualidad y rompimiento con los esquemas lineales del relato.

Noche adentro (2005) reúne otra selección de nueve cuentos de los tres libros anteriores. Este volumen se terminó de imprimir un mes después de la muerte de Meneses, en agosto del 2005. *Tan lejos, tan cerca* (2005) fue otra publicación póstuma, presentada en octubre de ese año, en la que amigos, familiares y editores rescataron los últimos borradores de Alejandro, algunos de los cuales de-

notan irregularidades que evidencian que aún estaban en proceso de revisión y perfeccionamiento, pues no corresponden a su cuidadoso manejo del lenguaje.

Al analizar sus textos, comprobamos que este escritor desarrolla un estilo de narrativa fragmentada, misma que utiliza como un recurso para tratar el tema de la ficción en juego con y complemento de la realidad, lo cual le permite enmarcar la complejidad humana: sus emociones y búsquedas.

También encontramos la propuesta que hace de un extraño universo narrativo al plantear múltiples temporalidades: las del discurso y las de la ficción, recurriendo a formas pluridimensionales, con frecuentes retrospectivas y prospectivas en todas sus variedades posibles, captando parte de esa arbitrariedad y subjetividad que conlleva toda percepción del tiempo.

Los cuentos de Alejandro Meneses inquietan, generan incertidumbre, confunden. Carecen de historias lineales, los relatos se cortan, los esquemas se rompen, los personajes se esfuman, viven en mundos diferentes y realidades alternas. Son muchos los riesgos literarios que asume este autor, quien es sumamente cuidadoso de su escritura; sostiene una clara intención poética que estructura un nivel profundo en sus planteamientos, mismos que encierran un sinfín de mensajes e historias crípticas, creadas a partir de un discurso complejo, en donde nada es exacto, ni lógico. Impera el sinsentido y la abstracción, todo está fragmentado, por lo que el lector necesita participar activamente con

*A cinco años de la muerte del querido escritor, publicamos un resumen de la autora sobre su trabajo presentado en el XVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana celebrado en la Georgetown University, en Washington DC, en junio pasado.

¹ García Márquez citado por Carlos Marín.

² Alejandro Meneses tenía dos actas de nacimiento con años distintos, por lo que existe esta imprecisión.

su imaginación en la re-creación de la historia en su conjunto e intentar darle algún sentido. La tensión en las narraciones juega con distintos niveles. Hay una descripción detallada de pasajes oscuros, padecimientos físicos, fisiológicos, emocionales y hasta mentales de los personajes, lo cual los desnuda por fuera y por dentro, aunque eso no los hace comprensibles, ni mucho menos predecibles.

Ante la complejidad de la escritura de Meneses, mi estudio de su narrativa se desarrolla en tres niveles: las historias, los personajes y la ficción, y se aplican los marcos teóricos propuestos por Julien A. Greimas y Gérard Genette en cuanto a las teorías literarias de la fragmentación, la hipertextualidad y la ficción.

Configuración de un universo femenino

Otro aspecto destacado de la narrativa de Alejandro Meneses es que desarrolla una escritura equilibrada entre lo femenino y lo masculino, logrando configurar un universo femenino singular, en el que las mujeres son los personajes con mayor fuerza y complejidad: son las auténticas protagonistas de las historias. Son el eje central alrededor del cual discurren los acontecimientos, en oposición a los personajes masculinos que deambulan en torno de ellas como pálidas sombras, sin voluntad ni determinación alguna. Aquí aplicamos

el modelo de los actantes de Greimas y algunos planteamientos feministas, como los de Judith Butler y Marcela Lagarde en torno al fin de la diferencia sexual y la creación de un nuevo simbolismo, en el que la feminidad tiene múltiples posibilidades.

Así, en *Ángela y los ciegos* la diégesis gira en torno a ella, todos los acontecimientos dependen tanto de su presencia, como de su ausencia, abarcando incluso el significado de la vida del narrador. Sin embargo, nunca se nos revela completamente cómo es; las descripciones de ella son ambiguas y flotan en la indeterminación. Ángela —define el narrador— es una “mujer única e irrepetible”; pero al unir los cuentos, vemos que se trata de un personaje múltiple y complejo a tal grado que la consideramos más bien al nivel de un actante, según la categorización propuesta por Greimas.³

Además, como actante Ángela podría simbolizar lo femenino: todas esas categorías y valores adjudicados como particulares a las mujeres, y que, como bien considera Marcela Lagarde son parte de las condiciones que las mantienen “cautivas”.⁴ Así cuando Ángela desempeña los roles de hija de familia (aunque abandonada), de buena sobrina y prima, o de maestra para ciegos acepta las reglas del juego impuestas por una sociedad tradicional e hipócrita; sin embargo, cuando asume los papeles de amante, prostituta o

mujer libre, rompe con todos esos esquemas, se rebela, alterando el orden y todo lo que sucede a su alrededor; por eso se desata una bestial pelea entre los ciegos, por eso perturba y enloquece a su primo, quien siempre trata pero nunca logra entenderla.

En su libro *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Lagarde afirma que la concepción femenina del mundo es fragmentaria, porque se origina del modo de vida de las mujeres, el cual es resultado de la “elaboración cultural de la ideología dominante en ideología para mujeres, o sea el sentido común”.

Dicha concepción femenina del mundo es perfectamente entendida por Meneses y plasmada en su obra, al presentarnos a mujeres que viven esa fragmentación como múltiples formas de existencia, pues de lo contrario estarían vacías. En la mayoría de sus relatos, nuestro autor sigue ese tratamiento preferencial hacia los personajes femeninos, múltiples y diversos, con muchas caras, llenos de aspectos positivos y negativos, pero que son los determinantes de las acciones nucleares.

En su conjunto, la obra literaria de Meneses —como decíamos anteriormente— configura un singular universo femenino, en donde imperan los sentidos. En medio de situaciones adversas, las mujeres parecen retornar a una especie de sociedad matriarcal, aceptada plenamente por los hombres. ❏

LA RABIA POSMODERNA DE JAIME MESA

Mariela Arrazola Bonilla



Rabiosos.

¿CÓMO CONTAR la historia de un individuo cuya vida parece acontecer en lo virtual? La tarea es todo menos fácil. No obstante, Jaime Mesa se arriesga.

Escritor poblano, nacido en 1977, con estudios de lingüística y literatura, comienza *Rabia*, su primer novela, con una cita del intelectual y escritor inglés Cyril Connolly que anticipa sólo algunos de los temas de la obra: vicio, perversidad, placer y sobre todo: no ser nada.

La novela está estructurada en tres capítulos llamados “Beca”, “Don” y “Matilda”, los nombres de tres personas relevantes para

Foster, el protagonista de la historia. Beca es su esposa y con ella vive en México; Don es su amante y con él se refugia en Chicago y, por último, Matilda, la madre con quien volverá a vivir hasta que las circunstancias lo permitan.

A grandes rasgos, la novela trata de un hombre que engaña a su esposa sistemáticamente, mantiene romances y sexo virtual, ataca a un camarógrafo, se involucra con un hombre, se quiere acostar con el hijo de ese hombre, pero como no puede le quita a la novia; se reencuentra con una amante, la deja y termina viviendo

en casa de su madre.

Quizás, a primera instancia, uno podría pensar que se trata tan sólo de un adicto al sexo virtual y al real; no obstante, existen otros temas no tan evidentes que en mi opinión son dignos de consideración si se quiere emprender un estudio de la obra.

Así, en mi opinión, *Rabia* no es sólo el intento de relatar la experiencia de lo virtual desde los ojos de un hombre, sino una obra que evidencia la complejidad de plasmar verbalmente una serie de experiencias y sentimientos de los cuales no tenemos aún un claro entendimiento ni estamos tampoco del todo inmersos en ellos. Esto es lo que trataré de argumentar a lo largo de este ensayo.

Para ello, primero se llevará a cabo un análisis del personaje y a lo largo de éste se discutirán algunas de las estructuras subyacentes en el texto que permitirán ampliar el entendimiento del mismo. Después, presentaré las intenciones del autor y por último emitiré un juicio sobre si dichas intenciones se logran o no.

Foster, cuyo nombre en realidad es Leopoldo, tiene treinta y tres años de edad. Todo indica que vivió gran parte de su vida en Estados Unidos, y no se sabe cómo, pero llega a México, está casado y trabaja como traductor.

No parece tener grandes ambiciones en la vida; de hecho, reconoce que se ha conformado con que sea su mujer quien aporte la mayor parte del sustento. Esto conduce a un hecho interesante: Foster tiene mucho tiempo libre. En este tiempo es que navega en internet buscando gente que también está sola, que también necesita de alguien como versa en la novela: “fui el interlocutor para un

³ Greimas distingue entre *actor* (palabra que designa al personaje oficial, aquel de cuya identidad es afirmada explícitamente y manifestada por su nombre, su situación social y familiar) y *actante* (término que designa la clase o grupo de actores, constituye un relato particular y una sintagmática de actantes forma un género).

⁴ Los cautiverios de las mujeres son muchos —afirma Marcela Lagarde en su extenso libro— y van desde la opresión valorada positivamente a través de la dependencia, la sujeción, la subordinación, la impotencia, la servidumbre, la ignorancia y la ingenuidad, consideradas como “virtudes femeninas”.

puñado de seres que necesitaba hablar para no morirse”.

Así transcurren sus días y sus noches, siendo él, fingiendo ser otro u otra, emocionándose con una nueva aventura virtual, engañando a una y a otra, etcétera. Ahora bien, es interesante recalcar el hecho de que aunado a esta soledad en la que se encuentra inmerso, Foster se caracteriza por no dejar translucir una identidad bien definida, ni nacional ni sexual.

Es decir, presumimos que su infancia transcurrió en Estados Unidos y que su madre es de ese país, que ahora Foster vive en México, pero en general, el léxico que emplea no permite descubrir en él una identidad nacional. O sea, no habla con palabras típicas del registro del español de México, no hay uso de altisonantes, mucho menos encontramos anglicismos, es decir es un español muy neutro y gramaticalmente correcto.

Tal vez esto se deba a que es traductor y debe tener un buen manejo del idioma. No obstante, es de llamar la atención que este mismo tenor permanece en sus momentos de rabia, pues sus expresiones son demasiado pulidas, demasiado templadas, demasiado correctas.

Aunado a esto, la falta de una identidad nacional no parece generarle ningún conflicto, es decir, no es una preocupación que aflore en sus momentos de reflexión. Un día está en México, al otro en Chicago viendo un partido de los Cubs; come hotdogs, ha viajado por el mundo. Es, en resumidas cuentas, un ciudadano del mundo cuyo conocimiento de otros idiomas le permite relacionarse con personas de distintas partes de éste, sobre todo gracias a internet.

Ahora pasemos a su identidad

sexual. Sin en un principio Foster aparece como el marido infiel que comienza con engaños virtuales y luego éstos se transforman en aventuras reales, poco a poco empieza a jugar varios roles.

En un momento de la novela hace alusión a que su madre lo descubrió probándose sus vestidos; en el transcurso de la novela, poco a poco empieza a disfrutar hacerse pasar por mujer y sentirse amada como si fuera mujer. Después se deja seducir por Don adoptando el rol femenino, más tarde tiene deseos de acostarse con el hijo de Don, le quita la novia a Tobías, hasta que llega un momento en que dice que se hubiera acostado con cualquiera que pasara.

No obstante, se declara heterosexual. Se lo hace saber a Don, pero al mismo tiempo desarrolla una teoría según la cual sólo con un hombre puede conectarte con el mundo, conexión que no se lograría con una mujer.

Incluso llega a un punto en que afirma que lo que siente por las mujeres es indiferencia, aunque personalmente puedo afirmar que hay una misoginia muy evidente al referirse a las mujeres tal como lo ejemplifica el siguiente pasaje:

Alguna vez pensé en ella como un animal domesticado que me seguiría a todas partes. Es duro pero es la verdad... mientras caminamos hacia el estacionamiento pienso que eso es lo que necesito por ahora: una relación así, una mujer así. Alguien que me permita ser egoísta y que sólo se contente con migajas. Ésa es la clase de mujer para un hombre como yo.

De hecho, si mal no recuerdo, las dos veces en que tiene un epi-

sodio de rabia es porque alguna mujer lo provoca. El primero sucede después de que Emilia le pide que deje a Beca:

Tengo en la cabeza al pelotón de mujeres que necesitan algo de mí [...] Y entonces ahí estaban con sus necesidades, gritando, haciendo escenas, como Emilia, o llorando o lo que fuera que iban a hacer las demás cuando las dejara. La rabia que siento ahora es producto de esos seres a mi lado, de esos fantasmas que aún sin su presencia física piden algo de mí cuando no estoy dispuesto a darles nada.

Las mujeres le roban la experiencia. Ahora bien, queda preguntarse si acaso Foster vive realmente inmerso en el mundo virtual o si la novela va por otro camino. En mi opinión, no hay una total inmersión en la realidad virtual.

Internet, el chat, el mail, le permiten relacionarse con gente y efectivamente cuando está en México pasa mucho de su tiempo en internet, pero más bien sigue pensando en términos de tv y video, como cuando afirma: “Ahí arriba en el televisor es donde realmente sucede la vida.” “Imagino una toma aérea donde deben verse [...]” “Todo debe estar filmado en alguna parte.” O: “Es tan fácil hablarle a una cámara, actuar.”

Así, si en México vive en internet, cuando empieza a vivir con Don, se relaciona con gente real, en Estados Unidos sí se interrelaciona, sobre todo con jóvenes. De hecho, es Kate la que logra descifrarlo:

tienes una maravillosa capacidad de despreciar y neutralizar al mundo [...]. Sales con un hombre que apenas conoces, le quitas la novia al hijo del hombre

con quien te acuestas; dejas a tu esposa de años por fingir un encuentro con tu madre a quien no piensas ver; haces el amor con cualquiera por cualquier cosa, golpeas a camarógrafos sólo por rabia, mientes, engañas [...]. Pero parece que tú lo haces por gusto, no por necesidad.

Creo que el pasaje anterior no sólo logra concretar la idea que el autor tenía de su personaje, sino que también nos revela la falta de voz propia en ellos. Todos hablan igual, todos hablan como el autor. Por ejemplo, Foster dice hacer el amor, Kate dice hacer el amor, pero realmente Foster ¿hace el amor? ¿Qué no hay otra mejor palabra que describa lo que él hace?

No hay en esta novela el *fucking* de Henry Miller, ni las descripciones gráficas y pornográficas, ni su punzante desprecio por las mujeres; es decir, no hay rabia en su manera de hablar. Compárese por ejemplo el siguiente pasaje de *Trópico de Capricornio*:

La tuve en la cama, hasta le quité las bragas [...] y después se me hincharon las narices. ¡La hostia! Estoy hasta los huevos de forcejear así. No vale la pena [...]. Es absurdo perder el tiempo luchando con ellas. Mientras forcejeas con una tipa como ésa, puede haber una docena de ellas en la *terrasse* que se mueren por echar un polvo. Es la pura verdad. Vienen a aquí a joder todas. Creen que aquí todo es vicio... ¡las muy cretinas!

Aquí se oye el hastío, el enojo, el desprecio. Ahora, bien se me podrá preguntar que por qué resulta relevante la ausencia de rabia en la forma del hablar de Foster.

Pienso que, si como dice el autor ésta es una novela de personaje, a su personaje le falta mucho:

Quise afianzar un personaje fuerte, que tuviera un mundo interior y exterior, muchas reflexiones, mucho contacto; que la lente estuviera pegada a él. Quería que Foster fuera la confluencia del espíritu del siglo *xxi* [...] (Montaño)

Respecto a las reflexiones, ¿hay acaso alguna que modifique la conciencia del lector? Creo que intenta haberlas, como cuando Foster se dirige a nosotros para preguntarnos: “¿Se han levantado alguna mañana pensando que arrojar la toalla sería lo más sencillo y que inmediatamente después una paz infinita los cobijaría?” Pero ¿acaso no es éste un lugar común del anhelo de muerte? Léase ahora en *Trópico de Cáncer* dicho anhelo:

Era yo mi peor enemigo [...]. Aun de niño, cuando no me faltaba nada, quería morir: quería renunciar a todo porque no le veía sentido a la lucha. Consideraba que no se probaría nada, que no se justificaría nada, que nada se agregaría o sustraería continuando una existencia que no había pedido.

¿Confluye en Foster el espíritu del siglo *xxi*? Supongo que cada lector debe responder esta pregunta. En mi opinión, no. Pero no sé hasta qué punto sea posible lograr dicha hazaña.

Ahora, ¿por qué la comparación con Miller? Por la necesidad de confrontar la literatura moderna y la posmoderna. Raymond Williams se pregunta sobre la posibilidad de establecer verdades en la escritura y recurre a Dilthey

para afirmar que, en primera instancia, la verdad estaría mediada por la conciencia histórica; en segundo lugar, retoma la idea de Paul Ricoeur según la cual las verdades si podrían ser creadas dentro del marco de un texto individual, de tal manera que, un personaje podría ser verdadero cuando su coherencia interna domina a su creador y convence al lector y, por último, pone de manifiesto que para Hutcheon, la novela posmoderna no aspiraría a la verdad, sino que lidiaría con verdades y cuestionaría las condiciones bajo las cuales tales verdades se establecen.

Así me parece que el problema de Mesa es que busca ser un escritor contemporáneo, o posmoderno, al escribir sobre realidad virtual pero su concepción del arte y de la literatura siguen siendo modernas. Y para comprobarlo, ofreceré tres ejemplos tomados de la entrevista que otorgó a *La Jornada*.

Primero, asegura escribir literatura de personajes y cuando da ejemplos de grandes personajes recurre a Madame Bovary y Ana Karenina, es decir a personajes de la literatura moderna.

Segundo, afirma que su intención es que en Foster confluya el espíritu del siglo *xxi*. De ahí surge la pregunta de si en el 2008, sería posible ya tener conciencia histórica del siglo.

Tercero, dice que ahora a los escritores les toca escribir novelas que pueden parecer pesimistas, pero que reflejan el espíritu de la época. Reflejar el espíritu de la época es, precisamente, una idea nuclear del programa estético de Hegel, filósofo del siglo *xx*.

Si partimos del mismo Hegel, podemos argüir que para lograr

plasmarse el espíritu de la época debe haber una adecuación entre forma y contenido, lo cual para mí no se logra en la novela y además, como Hegel bien anticipó, en la época moderna dicha adecuación ya no es posible.

A manera de conclusión, luego de realizar un análisis del personaje y de algunos de los

temas de la novela, se puede afirmar que efectivamente Mesa intenta relatar la experiencia de lo virtual, de las experiencias y sentimientos que ésta acarrea; sin embargo, uno no puede pretender plasmar el espíritu de un siglo que comienza. Ni siquiera parece claro sea posible hablar de el espíritu del mundo en una

era donde no hay verdad, sino verdades, donde no hay individuos universales como Bovary, sino sujetos históricos, descendidos, indeterminados que viven en un mundo que parece no tener coherencia ni significado. ¿Es posible, bajo estas condiciones, capturar el espíritu del siglo XXI? La pregunta queda abierta. ■✕

Referencias

Mesa, Jaime, *Rabia*, Alfaguara, México, 2008.

Miller, Henry, *Trópico de Cáncer*, Cátedra, Madrid, 1999.

_____, *Trópico de Capricornio*, Editorial Azteca, México, 1981.

Montaño, Ericka, en *La Jornada*, 22 de junio de 2008. 25 de abril de 2010: <http://www.jornada.unam.mx/2008/06/22/index.php?section=cultura&article>

Williams, Raymond Leslie, *The Postmodern Novel in Latin American Literature. Politics, Culture and the Crisis of Truth*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996.

LA MEMORIA DE BORGES

Pablo Manuel Rojas Aguilar

*a la memoria de
Jorge Luis Borges*

*¡O mihi praeteritos referatsi
Iuppiter annos!*

VIRGILIO MARÓN

SOY ENSAYISTA, aún lo recuerdo, y he permutado palabras para escribir las alocuciones que presento para quienes me leen. Mi alimento son todos los libros que conforman mi universo poético. También soy lingüista y disfruto estudiar la lengua española en las diversas gramáticas... Poseo

estas memorias todavía en mi cabeza pero no recuerdo mi niñez, o si tuve otras distracciones. Soy un estudioso científico de la lengua, lo tengo claro; pero no puedo dar una explicación racional a esa experiencia última que sostuve con el lenguaje y que me hizo adquirir esta pesada carga. Trato de no perder la cordura, de engañarme a mí mismo, haciéndome creer que sólo fue una falacia o un sueño, tan bien hilvanado, que podría asemejarse con la realidad. Escribo estas líneas con las manos atestadas de repleción a fin de sacudir esta historia.

...Ojalá se tratara de una mentira o de un chasco pero yace en mi memoria un huésped que no he podido expulsar pese a mis intentos: como aguzar el oído para escuchar a Bach, o incluso leer mala literatura que se gesta en este tiempo. Quiero arrancarme esa remembranza funesta que me hace sufrir, que me abrumba hasta el grado de saber que puedo olvidar quien soy...

Pensaré acaso, quien me lea, que es pura mentira lo que apunto y, si decide creer que todo es parte de una desviación de mi mente, lo puede hacer sin recibir el menor reproche; pero advierto que fue verídico lo que ocurrió:

En 2009, yo era bibliotecario y catedrático de la Universidad del Centro de Puebla. Era un gran empleo. Estancia de diez horas, un sueldo pasadero, la arquitectura barroca de los edificios históricos

del Centro y el deleite inasible de convivir con los mejores espíritus de la humanidad con sólo estirar un brazo. Esta labor me brindaba la oportunidad de aprender nuevos métodos para construir discursos. Además, gozaba y aprendía leyendo a Cortázar, a Saramago, a Nietzsche, a Schopenhauer, a Spinoza, a Portolés, a Montolío, a Altieri, a Gili Gaya, a Montaigne, a Rulfo, a Emerson, a Séneca, a Platón y a tantos otros monstruos de las letras. Pero de todos los caballeros y damas gentiles, a quien yo más admiraba era a Jorge Luis Borges.

Comencé la lectura de su obra a los veintidós años cuando, por azar o destino, hallé sus primeras *Ficciones* conformadas por *Artificios* y *El jardín de senderos que se bifurcan*. Este inicio bastó para que adquiriera su obra completa y la devorara en cada banca del Zócalo, en la calle Palafox hacia el Boulevard 5 de Mayo, en las bancas del jardín lateral del Paseo San Francisco, en la Central, en los cafés, en el autobús de regreso a casa, en el estudio donde he entretejido las letras para consumir mi literatura menor. Devoraba cada página de cada volumen, mientras los demás espíritus colosales de la humanidad me miraban recelosos, desde sus repisas, en unos gabinetes. Me parecía mágico escuchar a Borges a pesar de que la muerte había cortado sus pasos hacia 1985. De alguna manera, esas páginas lo hacían inmortal y yo lo poseía en mis libros; sólo me bastaba hojearlos para mirarlo cara a cara, y para que saliera de su mudez.

Una de las cualidades de mi vocación es la curiosidad; por eso, en ocasiones hartas, he realizado estudios morfosintácticos de obras desde el punto de vista ortodoxo y

no de manera baladí. Sin embargo, la obra borgeana posee un mensaje que trasciende los parámetros del idioma que enseña la Real Academia. Por consiguiente, leer a Jorge Luis Borges se convirtió para mí en un entretenimiento obsesivo. Estaba seguro de que sus mecanismos estratégicos escondían un propósito pragmático. No tenía duda de que el conjunto de funciones lingüísticas, las cuales cohesionan entre sí para dar lugar a sus textos, pretendían alcanzar un resultado y no un fin. Sabía, perfectamente, que los soportes argumentativos de sus historias, plasmadas por el espacio interpersonal de su autoimagen, revelarían, innegablemente, su rostro. Por eso, me dediqué desde el alba hasta el ocaso a descifrar las estrategias y sentidos secretos del argentino. Para ello, hice a un lado el estudio de los bien podados bonsáis de la sintaxis a fin de internarme en la jungla de las transmutaciones pragmáticas, y así comprender lo que Borges comunica sin decir. Analicé con fervor de lingüista, de literato y de bibliófilo la estructuración de su obra hasta volverme su esclavo.

En una de tantas noches de ahínco, de insomnio y de estudio, mientras observaba con detenimiento erudito los marcadores del discurso empleados para guiar el argumento del *Aleph*, ocurrió ese entendimiento increíble que ha coartado mi libertad... Vi cómo esas marcas no solamente iban guiando la trama del cuento hacia la intención que proponía el autor, sino que se hilvanaban perdiendo su orden riguroso y estratégico para trazar, de manera caótica, algo parecido a un mapa que dejaba "entrevener" los secretos más íntimos de la memoria borgeana...

Mientras pretendía dar crédito a mi hallazgo, me cegó un torrente de luz más deslumbrante que la del día. Fue como si, a través de mis ojos, mi memoria hubiese absorbido el mundo de *Tlön*, el laberinto de Tsui-pen, la matemática biblioteca babilónica con el catálogo de catálogos perdido. Fue como si me hubiese apropiado de la imagen falsaria de una esfera sempiterna y de un dios pedrusco que es *un tigre, un potro, una rosa y una tempestad*... Fue algo insólito... Fue como si el arquetípico Borges hubiera emergido del océano profundo, a manera de serpiente, para romper las cabezas de *los monstruos*... De manera repentina, irrumpió la nada.

A las nueve horas del día siguiente, desperté recostado sobre mi escritorio con un recuerdo irrefutable de lo acontecido. Era tarde para ir al trabajo y pensé en ocupar el día en disipar la remembranza fatídica. No me tomé la molestia de reportarme enfermo. Siempre he tenido la sensación de que es denigrante darle cuentas a la gente sobre mis cuestiones personales. No había ido a trabajar y punto. Así que, pensé en visitar a mamá pero creí que me agotarían los reclamos del "abandono" en el que la tengo. Pensé en ir con mis camaradas o con mi novia. Sin embargo, preferí regocijarme con la soledad que me deparaban los jardines que circundan al fuerte de Loreto y de los museos de esa zona que no había visitado. Empecé la caminata alrededor del centro cívico de Puebla e ingresé al Museo Regional de Antropología. Ya cuando el sol se vio oculto por la montaña que humea, regresé a casa sin pensar

* ¡Si sólo Júpiter pudiera devolverme aquellos años ya idos!

en el descubrimiento lingüístico que había consumado en la madrugada. El paseo había cumplido con su objetivo, ya casi no pensaba en aquello. No obstante, antes de meterme en la cama para dormir, entoné una canción semejante a un tango que yo no conocía.

Me reincorporé, pues, a mis actividades laborales a la mañana siguiente. Era martes, el día en que imparto el seminario de pragmática. Entré puntual al salón y pronto atrapé la atención de mis alumnos. Les hablaba de las nuevas metodologías que se emplean para analizar discursos hablados y sobre la función preponderante que desempeñan los marcadores. Todo seguía el rumbo esperado pero, a punto de culminar con la clase, justo cuando les platicaba que el mal uso de los “registros” propiciaba desajustes de conducta lingüística esperables, mi habla dejó de fluir libremente. Salí del salón, me encerré en la biblioteca y en la soledad de mi cubículo traté de esbozar palabras sencillas sin éxito alguno. No existía una explicación lógica. Me estaba volviendo tartamudo. Recordé, entonces, que una tía paterna me dijo que el cuerpo humano requería del sueño para regenerarse de los daños ocurridos durante el día. Así que, traté de justificar mi incapacidad “pasajera”, a las cincuenta y siete noches de desvelo en las que me había sumergido en el estudio borgeano. Regresé a casa, evitando entablar conversación con las personas y dormí desde temprano, profundamente, como un niño.

Desperté a temprana hora y fui caminando a mi labor. Mien-

tras tanto, pensaba en que los males que me oprimían, quizá, eran consecuencia de mi descubrimiento lingüístico. Luego, pensé que eso era risible. Es decir, el estudio pragmático de una obra no puede dar pie a un acontecimiento capaz de prescindir de hechos razonables. Iba pensando sin articular. De pronto, topé de frente con una anciana que me preguntó la hora... *Las ocho en punto*, respondí con maravillosa fluidez, y creí que el descanso me había restablecido de la infausta carga. Pero no se trató más que de una alegre casualidad. Las dificultades para comunicarme se siguieron manifestando, al punto de que pretendí visitar a un especialista. Sin embargo, dejó de importarme, o quizá comencé a verlo como algo normal. Lo cierto es que, paulatinamente, iba olvidando mis deberes. Algo estaba invadiéndome por dentro. Era como si ya no poseyese mi voluntad. Algo, efectivamente, había ingresado a mi memoria... Lo supe porque, en ella, yacían recuerdos de una niñez apócrifa. Sin desearlo, recordaba el horror que me producía la convivencia con los niños de un colegio al que nunca había asistido, voces que me llamaban con un sobrenombre que no me pertenecía y el horror que me engendraba examinar con cien ojos las interminables páginas diabólicas del *HollyWrit, Bombay*... Ya no quise visitar a persona alguna, ya no iba a la biblioteca ni a impartir cátedra. Incluso había olvidado los consejos de mi padre... En cambio, recordaba las palabras de un varón que me hablaba como a un hijo, revelándome el poder de la escritura y diciéndome que

las palabras no son solamente un medio de comunicación, sino también símbolos mágicos y música. Recordaba la voz de una anciana que me hablaba en una lengua diferente a la materna...

El caudal del tiempo siguió manando y comencé *a ver los días como un laberinto dudoso*. Una vez salí de casa y me perdí entre mis pasos abruptamente. Olvidé por varias horas el camino de vuelta. Estaba perdiendo mi capacidad de ubicación. Me sentía como si nunca hubiese deambulado por mis calles, como si fuera un extranjero en mi propia ciudad. Tal vez estaba desvariando. Por consiguiente, decidí escribir para recordar, pero lo hacía con algunas palabras en español y otras en inglés, con una sintaxis patética que era un híbrido deleznable de las dos lenguas con raíces distintas. Yo no sé inglés, mas lo comprendía como si fuera mi lengua materna... A mi escritura, poco a poco, fui agregando vocablos de las lenguas alemana y latina... Ya no podía aceptar esa abominación, mucho menos dar razón de ella. Justificarla a través de la lingüística, era una blasfemia. La ciencia no puede admitir tales aberraciones. Ya no me acordaba de mi vida, sólo tenía el recuerdo fresco de aquella noche en la que los marcadores del discurso borgeano se transmutaron, ante mis ojos, para aprisionarme en un laberinto lingüístico. Entonces, esbocé la posibilidad de ejercitar mi pensamiento para recordar al menos “quién era” pero fue imposible... El Palacio Borgeano había invadido la Caverna de mi memoria.

Al cabo de catorce días, lo comprendí. Las vivencias del

prolífico escritor yacían sobre mis hombros... Se preguntará el lector cómo puede el difunto persistir en mí. Le diré que no a manera de ente espiritual, sino como un ruido en mi cerebro, como imágenes borrosas —tal vez por su ceguera— de los arrabales de Buenos Aires, de las galerías y claraboyas de la Biblioteca Nacional de la calle México, de la confitería del Once donde Macedonio Fernández explicaba que morir es la cosa más trivial que puede sucederle a un hombre... Ahora poseo en mi mente el recuerdo fraternal de Bioy Casares, de Silvina Ocampo, del humor metafísico de Lugones, de los ayeres europeos que aprendí de los cafés con Rafael Cansinos Assens en “el Colonial”. Recuerdo a Estela Canto con exaltación en el pecho, así como se recuerda el primer amor no correspondido; las cartas dirigidas para ella que nunca fueron entregadas; el sobresalto por la vida y por el fastidio de ser quien se es... Es inevitable. Mi conciencia va padeciendo un lento ocaso. Los recuerdos más recientes ya no son imágenes, solamente ruido, ¡Hay tantas fisonomías que desconozco!...

Paradójicamente esta memoria, a pesar de los vastos tormentos, me brinda esa plenitud que soy incapaz de conseguir como escritor. Me brinda el regocijo de ser Borges cuando le eran reveladas las líneas torrenciales con las que consumaba su literatura. ¿Cómo podría rechazar la oportunidad de ser en el mundo lo que se quiere ser? Anoche, me fueron dadas las escalofriantes

líneas que conforman *El poema de los dones* y sentí la inmensa nostalgia de estar en el paraíso con los ojos vendados. He vuelto a escribir el manuscrito con tristeza. Hoy lo comparé con el original y son idénticos...

Con todo, esta situación —que me pareció maravillosa en un principio— a la larga fue aminorando el palimpsesto de mi cerebro. La memoria de Borges es la memoria de un hombre lánguido y solitario que miraba largamente a la luna. Esa parte sombría del espectro, que se mezclaba con mi memoria, la apabullaba sin extinguirla. Era una carga intolerable. Era Yo, era Borges, eran sus recuerdos y los que me quedaban, eran sus regocijos, sus adversidades y las mías, eran sus lenguas, era mi lengua, era su sintaxis y mi sintaxis, era su nombre, era mi nombre, eran dos sombras..., dos memorias que me urdían a un mismo tiempo, sin reposo, sin descanso.

Me estaba calcinando en el infierno.

En consecuencia, pensé que, si le mostraba a alguna persona la metodología que emprendí para adquirir la memoria del mítico escritor, éstas serían arrancadas de mis recuerdos y adquiridas por ella. No quise ofrecer el vasto don a un pupilo. Hacerlo sería abusar de su inocente curiosidad. Por lo tanto, visité a un colega, un lingüista prominente (no como el menor que escribe estas líneas) que, por cierto, me indujo al estudio de la pragmática.

Fui directo con él:

—Te ofrezco el aliento, el oído y las remembranzas de Jorge Luis Borges.

Incrédulo, aceptó el regalo ¿Quién podría negarse a semejante ofrecimiento?

No ocurrió cosa alguna, nada que él pudiera percibir ni tampoco yo; acaso, un leve mareo, consecuencia tal vez, del arduo ejercicio mental en el que nos inmiscuimos.

El resto de la noche, charlamos sobre el arquetipo platónico y sobre el movimiento ilusorio del caudal de nuestras vidas que nos enseñó Parménides. Coincidimos en la conclusión de que ninguna plegaria, por íntima que sea, es capaz de generar un milagro...

No hay escape.

Ahora lo sé. El tiempo es una trama de efectos y de causas, irreversible, que nos lacera como una corona de espinas... *Ergo*, después de sufrir la invasión del argentino, no hay marcha atrás. Las cartas han sido echadas —como comprendían los estoicos. Yo he perdido mi libertad. Borges no va a salir de mi mente y yo no volveré a ser ese modesto y patético ensayista.

Séneca dijo, alguna vez, que la puerta es la que elige. Jorge Luis Borges me ha elegido. Ésa es la pretensión del Universo. Por ende, debo asumir el “ser” borgeano sin decir una palabra, sin reprochar mi suerte... ¡Qué el anhelo de la vida se cumpla, aunque yo me ahogue en un océano sin fondo!, aunque cada noche, en la soledad de mi silencio taciturno, sea despedazado por tigres azules sin encontrar sepulcro ni sosiego.

Bajo la misma noche, sigo pidiendo a mi dios un milagro secreto; no que detenga el Universo físico, sólo que no me sea vedado ser y seguir siendo Pablo.

Puebla, 4 de marzo de 2010. ■✕

LA ORDEÑA DE LAS ARRAS

Verónica List

—¿ESTE DINERO VALE?

El tendero se aleló ante las monedas doradas que planeaba quedarse devaluándolas.

—Sí, sí vale —respondió con ojillos brillantes.

—¿Y cuánto vale?

—Pues... vale...

—¿Un peso como dice ahí?

—¡Exacto!, vale un peso.

—¿Y no importa que sean doradas, de todos modos valen?

—No, no importa, estas monedas también valen un peso igual que las otras.

—¿Y puedo comprar con ellas?

—¡Oh, sí, por supuesto que puedes comparar! Dime qué quieres.

Emmanuel quiso un Gansito, unas pasitas con chocolate y unas Grabs de menta. El tendero gentil le perdonó los treinta centavos faltantes del importe total de 3.30. Así comenzó la ordeña.

El tesoro fue hallado en el ropero, dentro de un cofrecito de piel roja cerrado con broche de presión. Fue fácil dar con él: se pasaba las tardes registrando entre las pertenencias de su madre con la humilde expectativa de maravillarla los ojos ante oro, plata y aleaciones un estuche tras otro. La rutina involucraba la ejercitación de la memoria y la adivinación. Las pilas de cajitas multicolores imponían retos y oportunidades. ¿Qué habrá dentro de este estuche de terciopelo azul? O ¿cuál contiene el broche de piedra verde? O ¿cuántos anillos vienen en esta cajita antes de abrirla? Adivinar el contenido le traía buena suerte. Recordarlo ve-

rificaba su destacado intelecto.

Las pesquisas vespertinas eran imposibles cuando las llaves del ropero no estaban en su lugar: uno de los cajones del tocador, entre medias y mascadas. No preguntaba por ellas pues no se pregunta lo que se ignora. “Calladita te ves más bonita”, sonaba en eco interno su tía Josefa. Esas tardes se asomaba en cada oportunidad a la gran recámara sabiendo que nadie estaría ahí, pero se aseguraba y regresaba al cajón: tal vez no había buscado bien.

Cuando en el cofrecito rojo quedó menos de la mitad del contenido original, decidió detenerse. Nunca pensó vaciarlo por completo y continuar las sustracciones haría evidente el faltante a primera vista. Las arras desaparecidas ya eran diversas golosinas formando parte del cuerpo de Emmanuel y de la felicidad del tendero que acercaba las comisuras de los labios a las orejas cada vez que el choclo escolar entraba a su tienda. Eran viejos conocidos actuando como personas intachables en transacciones ilícitas. El niño discurrió que los pesos dorados superaban el monto de su equivalente intercambiario del Banco de México, pero sin una base que indicase el valor real de esas monedas, se conformaba con que tendero gentil le permitiera excederse hasta un treinta por ciento de la cuenta final.

Consideró vaciar el pequeño arcón y desaparecerlo, pero su reconocimiento del orden en el ropero lo detuvo. Evidentemente los estuches estaban encimados por tamaños, pero además cada uno ocupaba la

pila correspondiente relacionada con su contenido y su color. O sea que había pilas de aretes en estuches rojos, pilas de anillos en estuches verdes, pilas de prendedores en estuches negros y el cofre de las arras en la cima de una pila roja de variedades. Su falta se notaría en el acto. En cambio, si permanecía donde estaba, podrían pasar meses o quizás años antes de que a su madre se le ocurriera verificar, porque ¿cada cuándo abría las cajitas?

Pero se equivocó. Esa misma noche su madre lo llamó a gritos. Entró muy asustado por la pregunta desde el umbral de la puerta:

—¿Tú abriste mi ropero?!

“Calladita te ves más bonita”.

—¿Qué ropero?

—¿¡Cómo que qué ropero!?

¡Pues mi ropero!

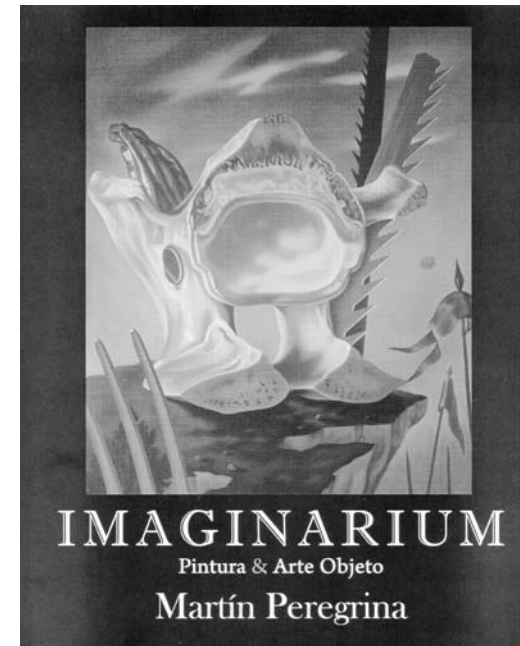
—Ni siquiera sé que eso es un ropero...

—¡Juaaaaaaaaa! —gritó loca al tiempo que lo fulminaba—: ¡Vete de aquí!

Salió, pero se quedó cerca buscando su nombre entre la histeria de su madre y el tartamudeo de Juana. Inútil. En una parte la sirvienta dijo algo como “niño” y “todas las tardes”, pero sus palabras fueron cubiertas con los nubarrones que emanaban de la boca de su madre. Juana salió llorando y corriendo, fue a su cuarto, llenó su caja, la amarró y azotó la puerta por fuera. Al otro día y por tres semanas consecutivas, choclo escolar se pasó las tardes haciendo tarea en visitas. A veces en las mesas de las cocinas, a veces en los escritorios de los despachos, a veces en las mesas de los comedores donde su madre y su anfitriona toman cafés con piquete. Ponía un ojo en su libreta y otro en los accesorios de las amistades decidiendo cuál de los múltiples estuches debería albergar esas nuevas piezas. ■

IMAGINARIUM: UNA MIRADA INCONFORME*

Martín Peregrina



Anuncio de una exposición metafísica.

TODA MI OBRA surge de una necesidad personal: compartir una mirada, la mirada que dirijo a los objetos cotidianos. Evidentemente, objetos de una amplia diversidad: desde objetos y seres representados en ilustraciones o en imágenes fotográficas, hasta utensilios caseros y objetos encontrados; desde juguetes artesanales hasta nuevos diseños industriales; desde plantas e insectos, hasta dulces y panes caseros.

Aparentemente notien nada en común, pero los unen ciertas particularidades físicas —color, forma— que me remiten a otros contextos más adecuados para ellos, no para su función o sentido

habitual, sino para uno nuevo, de tipo lúdico. Aplico así una *mirada inconforme*, que no se somete a las definiciones convencionales a ellos aplicadas, ni a sus funciones y contextos habituales. Quedan así redefinidos contextualmente, en un sustituto *imaginarium* que la realidad pictórica puede representar fielmente.

Así surgen imágenes en donde tijeras y llaves se transforman en aves; donde cepillos dentales se transforman en animales acuáticos; o flores y semillas en enigmas espaciales y seres antropomorfos. Nuevos escenarios y personajes con caracteres diversos: enigmáticos, humorísticos, reflexivos...

Evidentemente, la ampliación que hago de cada objeto en mis cuadros —cuadros de mediano y gran formato— favorece la redefinición contextual descubierta que deseo mostrar.

Me asombra desarrollar esta capacidad deconstructiva, así como creo que a un infante le asombra poner por primera vez su mirada en cualquier objeto que le muestren, empezando a adivinar funciones, a elaborar historias, a presentir... ¡A imaginar!

Ver las cosas como por primera vez, a semejanza de la mirada infantil.

Artificio conceptual descubierto por pintores como Giorgio de Chirico y Alberto Savinio en su *pintura metafísica* —albores del siglo xx—, y sobre quienes el poeta Pere Gimferrer enunció: “Un descubrimiento como el de la pintura metafísica es irrepitible y de alcance general, pues abre camino a otros pintores.”

He escogido una técnica pictórica directa, un realismo básico que evidencie el material de que está hecho cada objeto, para que el espectador reconozca que no se trata de un figuración de fantasía, sino que es real y cotidiano, pudiendo hallarlo en su propio entorno —la cocina, el taller, el jardín, la oficina.

Cada pieza pretende ser una invitación al espectador a despertar su imaginación, a descubrir que las cosas más simples y comunes pueden ser aún asombrosas si apartamos un momento la mirada convencional, para dirigir otra —quizás menos adulta— refrescante y gozosa a nuestro propio entorno.

Puebla, mayo de 2010

* Presentación de la exposición *Imaginarium* realizada en la ciudad de Puebla en mayo de 2010 en el Museo de la Casa de los Muñecos, cuyas pinturas ilustran nuestra edición, la cual consta también de algunas impresiones sobre su autor escritas en el tiempo por Jesús Bonilla Fernández, Jaime Moreno Villarreal e Iván Ruiz.